

[DE LA CONTINENCIA.]

ADVERTENCIA AL LIBRO SUBSIGUIENTE.

Agustín reconoce como suyo el libro sobre la Continencia en la Epístola 262, dirigida al conde Darío. Possidio menciona esta obra en el Índice, capítulo 10, y Beda o Floro, así como Eugipio, quien está más cercano al tiempo de Agustín, han extraído fragmentos de este libro en sus colecciones. De aquí se refuta la crítica de Desiderio Erasmo, quien en el prefacio del libro sugirió que parecía ser de Hugo, argumentando que la fraseología no era de Agustín. El estilo y la dicción, en nuestra opinión, son completamente similares a muchos de los sermones de Agustín, especialmente aquellos que pronunció o dictó en sus primeros años. Este libro, que es un sermón, fue omitido en las Retracciones de sus libros, como se declara claramente en el mismo inicio. Así lo llaman los antiguos libros, así como Possidio, Eugipio y Floro. Nadie negará que también puede ser atribuido a los primeros años de su vida, ya que es un sermón más extenso y en gran parte dirigido contra los maniqueos, cuya herejía Agustín solía atacar especialmente al inicio de su conversión.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE LA CONTINENCIA, LIBRO ÚNICO. (C)

Explica dos versículos del Salmo 140: "Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios: no inclines mi corazón a palabras malignas, para excusar excusas en los pecados." A partir de este argumento del sermón, enseña que la virtud de la Continencia, por su función, debe controlar las pasiones tanto del cuerpo como del alma, y en general vigilar para contener los placeres de la concupiscencia, que se oponen al deleite de la sabiduría. Ordena no confiar en nuestras propias fuerzas al luchar contra la concupiscencia, que se conoce a través de la ley, pero no se vence sino por la gracia. Reprende a los soberbios que presentan diversas excusas en los pecados: entre ellos, refuta con más empeño a los maniqueos, quienes atribuían sus pecados a una naturaleza maligna inherente en ellos, y demuestra que el pasaje del Apóstol a los Gálatas V, 17, "Porque la carne codicia contra el espíritu," etc., que querían interpretar como demostración de dos naturalezas, buena y mala, fue mal entendido por esos herejes según el mismo apóstol.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La continencia de la lujuria de la carne es un don de Dios. La continencia de la boca también es un don de Dios. La boca del cuerpo y la boca del corazón. Disertar adecuadamente y dignamente sobre la virtud del alma, que se llama Continencia, es bastante difícil: pero nuestra pequeñez bajo el peso de tan gran carga será ayudada por aquel cuyo gran don es esta virtud. Pues quien la otorga a sus fieles continentes, él mismo da el discurso a sus ministros que hablan de ella. Por tanto, sobre un asunto tan grande, lo que él mismo nos ha dado para hablar, primero decimos y probamos que la continencia es un don de Dios. En el libro de la Sabiduría está escrito que nadie puede ser continente a menos que Dios lo conceda (Sab. VIII, 21). El Señor, además, sobre la continencia mayor y más gloriosa, que se mantiene alejada del vínculo conyugal, dice: "No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes se les ha dado" (Mat. XIX, 11). Y puesto que también la castidad conyugal, a menos que se contenga del concubinato ilícito, no puede ser guardada; el Apóstol proclamó que ambas son dones de Dios, cuando hablando de ambas vidas, es decir, la conyugal y la que es sin matrimonio, dijo: "Quisiera que todos los hombres fueran como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios; uno de una manera, otro de otra" (I Cor. VII, 7).

2. Y para que la continencia no pareciera necesaria solo en la lujuria de las partes inferiores de la carne, también se canta en el Salmo: "Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios." En este testimonio de la palabra divina, si entendemos la boca como debemos entenderla, reconocemos cuán grande es el don de Dios la continencia allí colocada. Pues no basta con contener la boca del cuerpo, para que no salga de ella algo que no conviene a través del sonido de la voz. Porque dentro está la boca del corazón, donde quien dijo esas palabras, y las escribió para que las dijéramos, deseó que el Señor pusiera una guardia y una puerta de continencia. Pues muchas cosas no las decimos con la boca del cuerpo, y las clamamos con el corazón: pero ninguna palabra de alguna cosa sale de la boca del cuerpo, si hay silencio en el corazón. Por tanto, lo que no emana de allí, no suena afuera: pero lo que emana de allí, si es malo, aunque no mueva la lengua, mancha el alma. Por tanto, la continencia debe ser puesta allí, donde la conciencia de los que callan habla. Pues a través de la puerta de la continencia, no sale de allí lo que, incluso con los labios de la carne cerrados, contamina la vida del que piensa.

CAPÍTULO II.

3. La boca del corazón, donde el consentimiento se expresa como una palabra interior. La continencia del corazón recomendada por Cristo bajo el nombre de boca. La continencia del corazón a veces violada sin violar el cuerpo. Reteniendo la continencia del corazón, no se peca contra la continencia del cuerpo. Finalmente, para mostrar más claramente la boca interior que significó con esas palabras, después de decir: "Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios," inmediatamente añadió: "No inclines mi corazón a palabras malignas" (Sal. CXL, 3, 4). ¿Qué es la inclinación del corazón sino el consentimiento? Pues aún no ha hablado quien, ante las sugerencias que surgen en el corazón de cualquier visión, no consiente con ninguna inclinación del corazón. Pero si consiente, ya ha hablado en el corazón, aunque no haya sonado con la boca: aunque no haya hecho con la mano o cualquier parte del cuerpo, sin embargo, ha hecho lo que ya ha decidido hacer en su pensamiento; culpable ante las leyes divinas, aunque oculto a los sentidos humanos; con la palabra dicha en el corazón, sin haber cometido ningún acto a través del cuerpo. Pues de ninguna manera movería un miembro afuera en un hecho, cuyo inicio no hubiera precedido adentro en una palabra. Porque no está escrito falsamente: el inicio de toda obra es la palabra. Pues muchas cosas hacen los hombres con la boca cerrada, la lengua quieta, la voz contenida: pero no hacen nada con la obra del cuerpo, que no hayan dicho primero en el corazón. Por tanto, porque hay muchos pecados en las palabras interiores, que no están en los hechos exteriores; pero no hay ninguno en los hechos exteriores, que no precedan en las palabras interiores: habrá pureza de inocencia de ambos, si se pone una puerta de continencia alrededor de los labios interiores.

4. Por lo cual también el mismo Señor con su propia boca dijo: "Limpia lo que está dentro, y lo que está fuera será limpio" (Mat. XXIII, 26). Y también en otro lugar, cuando refutaba las necedades de los judíos, porque calumniaban a sus discípulos por comer con manos no lavadas: "No lo que entra en la boca," dijo, "contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre." Esta sentencia, si se toma completamente de la boca del cuerpo, es absurda. Pues quien no es contaminado por el alimento, no es contaminado por el vómito. Porque el alimento entra en la boca, el vómito sale de la boca. Pero sin duda las primeras palabras se refieren a la boca de la carne, donde dice: "No lo que entra en la boca, contamina al hombre;" pero las últimas a la boca del corazón, donde dice: "sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre." Finalmente, cuando el apóstol Pedro le pidió una explicación de esta parábola, él respondió: "¿Aún también vosotros estáis sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca, va al vientre, y se echa en la letrina?" Aquí ciertamente

reconocemos la boca de la carne en la que entra el alimento. En lo que añade, para que reconozcamos la boca del corazón, no seguiría nuestra tardanza de corazón, si la Verdad no se dignara caminar también con los tardos. Pues dice: "Pero lo que sale de la boca, sale del corazón;" como si dijera, cuando oyes "de la boca," entiende "del corazón." Digo ambos; pero uno lo explico a partir del otro. El hombre interior tiene una boca interior, y esto lo discierne el oído interior: de esta boca lo que sale, sale del corazón, y eso contamina al hombre. Luego, dejando ya el nombre de boca, que puede entenderse también del cuerpo, muestra más claramente lo que dice: "Porque del corazón salen," dice, "los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias: estas son las que contaminan al hombre" (Id. XV, 11-20). Ciertamente no hay nada de estos males, que pueden ser perpetrados también por los miembros del cuerpo, que no preceda un mal pensamiento, y contamine al hombre, aunque algo impida que sigan las obras escandalosas y criminales de los miembros. Pues si porque no se da poder, la mano está libre de la matanza de un hombre, ¿acaso por eso está limpio de crimen el corazón del homicida? O si no puede alguien robar lo ajeno como quiere, ¿acaso por eso no es ladrón en la misma voluntad? O si es casta aquella a quien quiere adulterar el no casto, ¿acaso por eso no la ha adulterado en su corazón? O si no se encuentra una prostituta en el burdel, ¿acaso por eso quien la busca no fornicar en su mente? O si al que desea dañar al prójimo con mentira, le falta tiempo o lugar, ¿acaso por eso no ha dicho ya con la boca interior un falso testimonio? O si alguien, temiendo a los hombres, no se atreve a pronunciar con la lengua de la carne una blasfemia, ¿acaso por eso no es culpable de este crimen, quien dice en su corazón: "No hay Dios" (Sal. XIII, 1)? Así, los demás males hechos de los hombres, que ningún movimiento del cuerpo realiza, que ningún sentido del cuerpo conoce, tienen a sus culpables ocultos; a quienes también solo el consentimiento en el pensamiento contamina, es decir, la palabra maligna de la boca interior. Temiendo que su corazón se incline a esto, pide al Señor que ponga una puerta de continencia alrededor de los labios de esta boca, que contenga el corazón, para que no se incline a palabras malignas: que lo contenga, no permitiendo que el pensamiento proceda al consentimiento; pues así, según el precepto apostólico, no reina el pecado en nuestro cuerpo mortal, ni presentamos nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI, 12, 13). De este precepto de cumplimiento están alejados, quienes por esto no mueven sus miembros al pecado, porque no se les permite el poder: que si se les diera, inmediatamente con los movimientos de los miembros como armas, muestran quién reina en ellos interiormente. Por tanto, en cuanto depende de ellos, presentan sus miembros como armas de iniquidad al pecado; porque quieren lo que por eso no presentan, porque no pueden.

5. Por tanto, aquella que con los miembros genitales refrenados por la castidad, suele llamarse principalmente y propiamente continencia, no se viola con ninguna transgresión, si se guarda en el corazón la superior continencia, de la que hemos hablado por largo tiempo. Por eso el Señor, cuando dijo: "Porque del corazón salen los malos pensamientos;" luego añadió lo que pertenece a los malos pensamientos, "homicidios, adulterios," y demás. Y no dijo todo; pero al nombrar algunos como ejemplo, sugirió que se entendieran también otros. De los cuales no hay nada que pueda hacerse, si no precede un mal pensamiento, por el cual se instituye interiormente lo que se hace exteriormente; y saliendo de la boca del corazón, ya contamina al hombre, aunque no se realice exteriormente por los miembros del cuerpo. Por tanto, puesta la puerta de la continencia en la boca del corazón, de donde salen todas las cosas que contaminan al hombre, si no se permite que salga nada de tal naturaleza, sigue la pureza con la que ya puede alegrarse la conciencia; aunque aún no sea aquella perfección, donde no luchará la continencia con el vicio. Ahora, sin embargo, mientras la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17), nos basta no consentir a los males que

sentimos en nosotros. Pero cuando se da este consentimiento, entonces sale de la boca del corazón lo que contamina al hombre. Pero cuando por la continencia no se permite el consentimiento, el mal de la concupiscencia carnal, contra el cual lucha la concupiscencia espiritual, no se permite que haga daño.

CAPÍTULO III.

6. La lucha de la continencia contra las pasiones mientras estamos en esta vida. La lucha interna de las concupiscencias no experimentada sino por los guerreros de las virtudes. La concupiscencia se conoce por la ley, no se vence sino por la gracia. Hay que luchar para que la concupiscencia del pecado no reine. Las obras de la carne deben ser mortificadas. Pero es una cosa luchar bien, que es ahora, cuando se resiste a la contienda de la muerte; otra cosa es no tener adversario, que será entonces, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido (I Cor. XV, 55, 26). Pues la misma continencia, cuando frena y contiene las pasiones, al mismo tiempo desea el bien hacia cuya inmortalidad tendemos, y rechaza el mal con el que contendemos en esta mortalidad. Pues es amante y espectadora de aquel, y enemiga y testigo de este; y deseando el decoro, y huyendo del deshonor. No trabajaría la continencia en refrenar las pasiones, si no nos liberara de algo que se opone a lo que conviene, si no resistiera algo a nuestra buena voluntad desde la mala concupiscencia. Clama el Apóstol: "Sé," dice, "que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien. Porque el querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien. Pues ahora se puede hacer el bien, para que no se consienta a la mala concupiscencia; pero se perfeccionará el bien, cuando la misma mala concupiscencia termine. Y también el mismo doctor de los gentiles clama: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente" (Rom. VII, 18, 22, 23).

7. Esta lucha no la experimentan en sí mismos sino los guerreros de las virtudes y los vencedores de los vicios: ni vence al mal de la concupiscencia sino el bien de la continencia. Pero hay quienes, ignorando completamente la ley de Dios, no consideran las malas concupiscencias ni siquiera como enemigas, y sirviendo a ellas con miserable ceguera, además se consideran bienaventurados, satisfaciéndolas más que dominándolas. Pero quienes las han conocido por la ley (Porque por la ley es el conocimiento del pecado [Id. III, 20]; y, "No conocía la concupiscencia," dice, "si la ley no dijera: No codiciarás" [Id. VII, 7]), y sin embargo son vencidos por su ataque, porque viven bajo la ley, que ordena lo que es bueno, pero no lo da; no viven bajo la gracia, que da por el Espíritu Santo lo que la ley ordena: a estos, por eso la ley se introdujo, para que en ellos abundara el delito (Id. V, 20). La prohibición aumentó la concupiscencia, y la hizo invencible; para que se añadiera la transgresión, que sin la ley no existía, aunque el pecado existía. Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Id. IV, 15). Así, la ley sin la ayuda de la gracia, prohibiendo el pecado, se convirtió en virtud del pecado: de donde dice el Apóstol, "La virtud del pecado es la ley" (I Cor. XV, 56). Y no es de extrañar que la debilidad humana incluso de la buena ley haya añadido fuerzas al mal, mientras confía en sus propias fuerzas para cumplir la misma ley. Pues ignorando la justicia de Dios, que da al débil, y queriendo establecer la suya propia, de la que carece el débil, no está sujeto a la justicia de Dios, reprobado y soberbio (Rom. X, 3). Pero si la ley hace al transgresor, como para que herido más gravemente desee al médico, como un pedagogo lo lleva a la gracia; contra la suavidad nociva con la que vencía la concupiscencia, el Señor da la suavidad beneficiosa con la que deleite más la continencia, y nuestra tierra da su fruto (Sal. LXXXIV, 13), con el que se alimenta el soldado, que vence al pecado con la ayuda de Dios.

8. A tales soldados la trompeta apostólica los enciende en la batalla con este sonido: "No reine, pues," dice, "el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos; ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado: sino presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como armas de justicia a Dios. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros. Porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom. VI, 12-14). Y en otro lugar: "Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne. Porque si vivís según la carne, moriréis: pero si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios" (Id. VIII, 12-14). Por tanto, ahora se trata, mientras esta vida mortal nuestra está bajo la gracia, de que el pecado, es decir, la concupiscencia del pecado (pues así llama aquí al pecado), no reine en nuestro cuerpo mortal. Entonces se muestra que reina, si se obedece a sus deseos. Por tanto, hay en nosotros concupiscencia del pecado, que no debe permitirse reinar: hay sus deseos, a los que no se debe obedecer, para que no reine en los que obedecen. Por lo cual nuestros miembros no deben ser usurpados por la concupiscencia, sino reivindicados por la continencia; para que sean armas de justicia para Dios, no armas de iniquidad para el pecado: así el pecado no se enseñoreará de nosotros. Porque no estamos bajo la ley, que ordena el bien, pero no lo da: sino que estamos bajo la gracia, que haciendo que amemos lo que la ley ordena, puede mandar a los libres.

9. Asimismo, cuando exhorta a que no vivamos según la carne, para no morir, sino que por el espíritu mortifiquemos las obras de la carne, para vivir; la trompeta que suena, sin duda, indica la guerra en la que estamos inmersos, y nos incita a luchar con valentía y a mortificar a nuestros enemigos, para que no seamos mortificados por ellos. Estos enemigos, en verdad, los ha expresado con suficiente claridad. Aquellos que quiso que mortificáramos son, precisamente, las obras de la carne. Así lo dice: Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis. Y para que sepamos cuáles son estas, escuchemos al mismo escribiendo a los Gálatas y diciendo: Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, impurezas, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os advertí, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Allí mismo también mostraba la guerra para decir estas cosas, y con la misma trompeta celestial y espiritual de Cristo, incitaba a los soldados a mortificar a estos enemigos. Pues antes había dicho: Digo, pues, caminad en el espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis. Pero si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la ley. Por lo tanto, quiere que, estando bajo la gracia, tengamos este conflicto contra las obras de la carne. Y para demostrar cuáles son estas obras de la carne, añadió las que mencioné antes: Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, y demás, ya sea las que mencionó o las que sugirió entender, añadiendo especialmente, y cosas semejantes a estas. Finalmente, en esta batalla contra el ejército carnal, como si desplegara otra línea espiritual: El fruto del espíritu es, dice, amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley. No dijo, contra estas; para que no se pensara que eran las únicas: aunque si lo hubiera dicho, deberíamos entender todo lo que pudiéramos concebir como bienes de la misma clase: pero dijo, contra tales cosas; y estas, por supuesto, y cualesquiera semejantes. Sin embargo, al poner en último lugar entre esos bienes que mencionó la templanza, sobre la cual ahora hemos emprendido discutir, y por la cual ya hemos dicho mucho, quiso especialmente que se adhiriera a nuestras mentes. Pues en esta guerra es sumamente valiosa, en la que el espíritu desea contra la carne; ya que crucifica de alguna manera los mismos deseos de la carne. Por eso, cuando el Apóstol dijo estas cosas,

inmediatamente añadió, Pero los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos (Gálatas V, 16-24). Esta es la acción de la templanza: así se mortifican las obras de la carne. Y mortifican a aquellos a quienes la concupiscencia, al apartarse de la templanza, arrastra al consentimiento de realizar tales obras.

CAPÍTULO IV.

10. Para que la templanza pueda mantenerse, debe evitarse la presunción de las propias fuerzas. Vivir según el hombre y vivir según la carne es lo mismo. Pero para que no desfallezcamos en la templanza, debemos vigilar especialmente contra aquellas insidias de las sugerencias diabólicas, para que no presumamos de nuestras fuerzas. Maldito es todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). ¿Y quién es este, sino el hombre? Por lo tanto, no puede decir verdaderamente que no pone su esperanza en el hombre, quien la pone en sí mismo. Pues también esto, vivir según el hombre, ¿qué es sino vivir según la carne? Escuche, pues, quien es tentado por tal sugestión, y si tiene algún sentido cristiano, tiemble: escuche, digo, Si vivís según la carne, moriréis.

11. Pero alguien me dirá que es diferente vivir según el hombre y vivir según la carne: porque el hombre es una criatura racional, y en él el alma es racional, por lo cual se distingue del animal; pero la carne es la parte inferior y terrenal del hombre, y por eso vivir según ella es vicioso: por lo cual, quien vive según el hombre, no vive según la carne, sino más bien según esa parte del hombre por la cual es hombre, es decir, según el espíritu de la mente, por el cual supera a los animales. Sin embargo, esta discusión tal vez tenga algún valor en las escuelas de los filósofos: pero nosotros, para entender al Apóstol de Cristo, debemos considerar cómo suelen hablar los libros cristianos. Ciertamente, nuestra fe es que el hombre asumido por el Verbo de Dios no carecía de alma racional, como algunos herejes quieren; y sin embargo leemos, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). ¿Qué se debe entender aquí por carne, sino hombre? Y toda carne verá la salvación de Dios (Lucas III, 6); ¿qué puede entenderse, sino, todo hombre? A ti vendrá toda carne (Salmo LXIV, 3); ¿qué es, sino, todo hombre? Le diste potestad sobre toda carne (Juan XVII, 2); ¿qué es, sino, todo hombre? Por las obras de la ley no se justificará toda carne (Romanos III, 20); ¿qué es, sino, ningún hombre se justificará? Lo mismo expresa el apóstol en otro lugar más claramente, No se justificará el hombre por las obras de la ley (Gálatas II, 16). También increpa a los corintios diciendo: ¿No sois carnales, y andáis según el hombre? (I Corintios III, 3). Cuando los llamó carnales, no dijo, andáis según la carne; sino, según el hombre: porque, ¿qué quiso que se entendiera, sino, según la carne? Pues ciertamente, si se anduviera culpablemente según la carne, pero laudablemente según el hombre, es decir, se viviera, no diría reprochando, andáis según el hombre. Reconozca el hombre su oprobio, cambie de propósito, evite la perdición. Escucha, hombre; no andes según el hombre, sino según aquel que hizo al hombre: no te apartes de aquel que te hizo, ni siquiera hacia ti mismo. Pues decía un hombre, que sin embargo no vivía según el hombre: No porque seamos capaces de pensar algo por nosotros mismos, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia es de Dios (II Corintios III, 5). Mira si vivía según el hombre, quien verdaderamente decía estas cosas. Advirtiendo, pues, el Apóstol al hombre, que no viva según el hombre, lo devuelve a Dios. Y quien no vive según el hombre, sino según Dios, ciertamente no vive tampoco según sí mismo; porque él mismo es hombre. Pero por eso también se dice vivir según la carne, cuando así vive; porque al nombrar solo la carne se entiende al hombre, como ya hemos mostrado: así como al nombrar solo el alma se entiende al hombre; de donde se dijo, Toda alma esté sujeta a las potestades superiores (Romanos XIII, 1), es decir, todo hombre; y, Setenta y cinco almas descendieron a Egipto con Jacob (Génesis XLVI, 27), es decir, setenta y cinco hombres. No vivas, pues, según ti mismo, oh hombre: de ahí percaste, pero fuiste buscado. No vivas, digo, según ti mismo: de ahí

pereciste, y fuiste encontrado. No acuses la naturaleza de la carne, cuando escuchas, Si vivís según la carne, moriréis. Pues así se pudo decir, y muy verdaderamente se pudo, Si vivís según vosotros, moriréis. Porque el diablo no tiene carne, y sin embargo, porque quiso vivir según sí mismo, no permaneció en la verdad. ¿Qué, pues, es de extrañar si viviendo según sí mismo, cuando habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44)? lo cual la Verdad dijo verdaderamente de él.

CAPÍTULO V.

12. No confíe en sí mismo quien quiere vencer la concupiscencia del pecado. La excusa de los pecados debe ser contenida por la templanza. Diversas excusas en los pecados. Acusación del destino, de la fortuna, del diablo, e incluso del mismo Dios por parte de los maniqueos. Cuando, pues, escuchas, El pecado no se enseñoreará de vosotros; no confíes en ti mismo, para que el pecado no se enseñoree de ti; sino en aquel a quien un santo orando dice, Dirige mis pasos según tu palabra, y no se enseñoree de mí ninguna iniquidad (Salmo CXVIII, 133). Pues no sea que, cuando escuchamos, El pecado no se enseñoreará de vosotros, nos enorgullecamos, y atribuyamos esto a nuestras fuerzas, el Apóstol lo vio inmediatamente, y añadió, No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos VI, 14). La gracia, por tanto, hace que el pecado no se enseñoree de ti. No confíes, pues, en ti mismo, para que no se enseñoree de ti mucho más. Y cuando escuchamos, Si por el espíritu mortificáis las acciones de la carne, viviréis; no atribuyamos este bien a nuestro espíritu, como si por sí mismo pudiera hacer estas cosas. Pues para que no tuviéramos este sentido carnal con el espíritu muerto más bien que mortificando, añadió inmediatamente, Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Romanos VIII, 13, 14). Así que para que por nuestro espíritu mortifiquemos las obras de la carne, somos guiados por el Espíritu de Dios que da la templanza, con la cual frenamos, dominamos, vencemos la concupiscencia.

13. En esta tan gran batalla, en la que el hombre vive bajo la gracia, y cuando lucha bien ayudado, se regocija en el Señor con temblor, no faltan, sin embargo, incluso a los valientes guerreros, y a los mortificadores de las obras de la carne aunque invictos, algunas heridas de pecados, por las cuales diariamente dicen verdaderamente, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12): luchando contra los mismos vicios, y contra el diablo príncipe y rey de los vicios, con mucha más vigilancia y ardor en la misma oración, para que no puedan nada las sugerencias mortíferas de él, con las cuales incita además al pecador a excusar sus pecados más bien que a acusarlos; y así esas heridas no solo no se sanen, sino que, aunque no eran mortales, se inflijan gravemente y letalmente. Y aquí, por tanto, se necesita una templanza más cautelosa, que contenga el apetito soberbio del hombre, por el cual se agrada a sí mismo y no quiere ser hallado culpable, y se indigna cuando peca, al ser convencido de que él mismo ha pecado; no recibiendo con saludable humildad la acusación de sí mismo, sino buscando más bien la excusa con ruinosa altivez. Para cohibir esta soberbia, pidió templanza al Señor aquel cuyas palabras ya puse antes, y como pude, recomendé. Pues cuando dijo, Pon, Señor, guarda a mi boca, y puerta de templanza alrededor de mis labios; no inclines mi corazón a palabras malignas; explicando más claramente de dónde decía esto, para excusar, dijo, excusas en pecados (Salmo CXL, 3, 4). Pues, ¿qué hay más maligno que estas palabras, con las cuales el malo niega ser malo, incluso cuando es convencido de una mala obra que no puede negar? Y puesto que no puede ocultar el hecho, ni puede decir que es un buen hecho, y ve que hecho por él mismo se muestra patente, busca referir a otro lo que hizo, como si de ahí pudiera quitar lo que mereció. No queriendo ser reo, añade más bien al reato, y excusando sus pecados en lugar de acusarlos, ignora que no se quita la pena, sino el perdón. Pues ante los jueces humanos, porque pueden ser engañados, parece que puede servir de algo a tiempo cualquier falacia con la que se pretenda purgar lo que se hizo mal: pero ante Dios, que no

puede ser engañado, no debe emplearse una defensa engañosa, sino una confesión veraz de los pecados.

14. Y algunos, en efecto, que acostumbran a excusar sus pecados, se quejan de ser impulsados a pecar por el destino, como si lo hubieran decretado las estrellas, y el cielo primero hubiera pecado decretando tales cosas, para que el hombre después pecara cometiendo tales cosas. Otros prefieren imputar a la fortuna lo que pecan: quienes piensan que todo se agita por azares fortuitos; sin embargo, no obstante, afirman y aseguran que esto lo saben no por temeridad fortuita, sino por razón bien vista. ¿Qué demencia es, pues, atribuir sus disputas a la razón, y someter sus acciones a los azares? Otros refieren todo lo que hacen mal al diablo: ni quieren tener parte con él, cuando pueden sospechar que él les ha sugerido ocultamente cosas malas, pero no pueden dudar que han consentido a esas sugerencias, de dondequiera que hayan sido. Hay incluso quienes extienden su excusa a la acusación de Dios, juzgados miserablemente por el juicio divino, pero blasfemos por su propia furia. Pues contra él introducen una sustancia mala de principio contrario, rebelándose, a la cual no habría podido resistir, si no hubiera mezclado con ella parte de su misma sustancia y naturaleza, para ser contaminada y corrompida: y entonces dicen que pecan, cuando la naturaleza del mal prevalece sobre la naturaleza de Dios. Esta es la insania más inmunda de los maniqueos, cuyos maquinaciones diabólicas la verdad indudable fácilmente subvierte, que confiesa que la naturaleza de Dios es incontaminable e incorruptible. Pero, ¿qué de la flagitiosa contaminación y corrupción no se cree con razón de estos, de quienes se cree que Dios, que es sumamente y comparativamente bueno, es contaminable y corruptible?

CAPÍTULO VI.

15. Contra otros que para excusarse, dicen que a Dios le agradan los pecados. Dios hace el bien incluso de los males. El hombre hecho con el poder de pecar, recibirá como recompensa no poder pecar. Hay quienes de este modo, en la excusa de sus pecados, acusan a Dios, diciendo que le agradan los pecados. Pues si le desagradan, dicen, de ninguna manera los permitiría con su omnipotente poder. Como si los pecados Dios hubiera permitido que quedaran impunes, incluso en aquellos a quienes libera del castigo eterno con el perdón de los pecados. Pues nadie recibe el perdón de una pena más grave debida, sin pagar alguna, aunque mucho menor de lo que debía, pena: y así se imparte la largueza de la misericordia, para que no se deje también la justicia de la disciplina. Pues incluso el pecado que parece impune, tiene su pena acompañante, para que nadie, de lo cometido, no sienta amargura, o no sienta ceguera. Así como tú dices, ¿Por qué permite estas cosas, si le desagradan? así yo digo, ¿Por qué castiga estas cosas, si le agradan? Por lo tanto, así como yo confieso que estas cosas de ninguna manera sucederían, si no fueran permitidas por el Omnipotente; así tú confiesa que no deben hacerse las que son castigadas por el justo: para que no haciendo lo que castiga, merezcamos de él aprender por qué permite que existan las que castiga. Pues es de los perfectos, como está escrito, alimento sólido (Hebreos V, 14): en el cual aquellos que han progresado bien, ya entienden que más bien a la omnipotencia de Dios perteneció permitir que existieran males provenientes del libre albedrío de la voluntad. Pues tan grande es su bondad omnipotente, que incluso de los males puede hacer bienes, ya sea perdonando, ya sea sanando, ya sea adaptando y convirtiendo a las utilidades de los piadosos, o incluso castigando justísimamente. Todas estas cosas son buenas, y dignísimas de un Dios bueno y omnipotente: sin embargo, no se hacen sino de males. ¿Qué, pues, mejor, qué más omnipotente que aquel que, aunque no hace mal alguno, hace bien incluso de los males? Claman a él quienes han hecho mal, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12): escucha, perdona. Sus males han dañado a los pecadores: acude a ellos y cura sus enfermedades. Sus enemigos se ensañan: de su ensañamiento hace mártires. Finalmente, incluso condena a

aquellos que juzga dignos de condenación: aunque sufren sus males, él hace lo que es bueno. Pues no puede no ser bueno, lo que es justo: y ciertamente así como es injusto el pecado, así es justo el castigo del pecado.

16. No obstante, no le faltó poder a Dios para hacer al hombre de tal manera que no pudiera pecar: pero prefirió hacerlo de tal manera que le fuera posible pecar, si quisiera; no pecar, si no quisiera: prohibiendo esto, mandando aquello: para que primero tuviera el buen mérito de no pecar, y después la justa recompensa de no poder pecar. Pues también hará a sus santos en el fin de tal manera que no puedan pecar en absoluto. Pues tiene así también ahora a sus ángeles, a quienes amamos de tal manera, que de ninguno de ellos tememos que se haga diablo pecando. Lo cual de ningún hombre justo en esta vida mortal presumimos. Sin embargo, confiamos que todos serán así en la inmortalidad de aquella vida. Pues el Dios omnipotente que obra bienes incluso de nuestros males, ¿qué bienes dará, cuando nos haya liberado de todos los males? Muchas cosas sobre el buen uso del mal pueden ser discutidas más copiosamente y con más sutileza: pero ni lo hemos emprendido en este discurso, y debe evitarse su excesiva longitud.

CAPÍTULO VII.

17. Los oficios de la templanza y la justicia tienden igualmente a la paz. Contra la insania de los maniqueos sobre dos naturalezas en conflicto entre sí. La guerra está en el hombre por la debilidad contraída por culpa, la paz será cuando se sane la debilidad. Ahora, pues, volvamos a aquello por lo cual dijimos estas cosas. Necesitamos la templanza, y reconocemos que es un don divino, para que no se incline nuestro corazón a palabras malignas para excusar excusas en pecados. ¿Y qué pecado no tenemos necesidad de contener con la templanza, para que no se cometa, cuando también esta misma contiene, para que si se comete no se defienda con nefaria soberbia? Universalmente, pues, necesitamos la templanza, para que nos apartemos del mal. Pero para hacer el bien, parece pertenecer a otra virtud, es decir, a la justicia. Esto nos advierte el sagrado Salmo, donde leemos: Apártate del mal, y haz el bien. ¿Con qué fin, pues, hagamos estas cosas, añadió inmediatamente, diciendo: Busca la paz, y síguela (Salmo XXXIII, 15). Pues la paz perfecta será nuestra cuando nuestra naturaleza, adherida inseparablemente a su Creador, nada nos resista de nosotros mismos. Esto mismo quiso el Salvador, según me parece, que se entendiera, donde dice: Estén ceñidos vuestros lomos, y encendidas vuestras lámparas. ¿Qué es ceñir los lomos? Coartar las pasiones, lo cual es de la templanza. Tener las lámparas encendidas, es brillar y arder en buenas obras, lo cual es de la justicia. Tampoco aquí calló con qué fin hagamos estas cosas, añadiendo y diciendo: Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor, cuando regrese de las bodas (Lucas XII, 35, 36). Pues cuando venga, nos recompensará, quienes nos contuvimos de lo que la concupiscencia deseaba, y hicimos lo que la caridad mandaba: para que en su paz perfecta y sempiterna, sin ninguna contienda del mal y con la suma delectación del bien, reinemos.

18. Todos, por tanto, que creemos en el Dios vivo y verdadero, cuya naturaleza es sumamente buena e inmutable, que no hace ni sufre mal alguno, de quien procede todo bien, incluso aquel que puede disminuirse, y que con su propio bien, que Él mismo es, no puede disminuirse en absoluto, cuando escuchamos al Apóstol decir: "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne; porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis" (Gálatas 5, 16-17); lejos de nosotros creer, como lo hace la locura de los maniqueos, que aquí se demuestran dos naturalezas en conflicto, provenientes de principios contrarios, una del bien y otra del mal. En verdad, ambos son buenos: el espíritu es bueno, y la carne es buena; y el hombre, que está

compuesto de ambos, con uno mandando y otro sirviendo, es ciertamente bueno, pero un bien mutable: lo cual no podría ser, si no fuera por el bien inmutable, de quien procede todo bien creado, ya sea pequeño o grande; pero por pequeño que sea, hecho por el grande; y por grande que sea, de ninguna manera comparable a la grandeza del creador. Sin embargo, en esta buena naturaleza del hombre, bien creada y establecida por el bien, ahora hay guerra, porque aún no hay salvación. Cuando la enfermedad sea sanada, habrá paz. Pero esta enfermedad fue merecida por la culpa, no poseída por la naturaleza. Esta culpa, ciertamente, la gracia de Dios ya la ha perdonado a los fieles a través del lavacro de la regeneración; pero bajo las manos del mismo médico, la naturaleza aún lucha con su enfermedad. En tal lucha, la salud será la victoria total: no una salud temporal, sino eterna; donde no solo terminará esta enfermedad, sino que tampoco surgirá ninguna en adelante. Por eso el justo habla a su alma y dice: "Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todos sus beneficios: Él perdona todas tus iniquidades, Él sana todas tus enfermedades" (Salmo 102, 2-3). Perdona las iniquidades cuando remite los pecados; sana las enfermedades cuando refrena los deseos perversos. Perdona las iniquidades dando indulgencia; sana las enfermedades dando continencia. Aquello se hizo en el Bautismo para los confesantes, esto se hace en la lucha para los combatientes; en la cual, con su ayuda, debemos vencer nuestra enfermedad. También ahora se hace aquello cuando somos escuchados diciendo: "Perdona nuestras deudas"; y esto, cuando somos escuchados diciendo: "No nos dejes caer en la tentación" (Mateo 6, 12-13). Porque cada uno es tentado, como dice el apóstol Santiago, "por su propia concupiscencia, que lo arrastra y seduce" (Santiago 1, 14). Contra este vicio se pide ayuda medicinal a aquel que puede sanar todas estas enfermedades, no por la separación de una naturaleza ajena, sino por la reparación de nuestra propia naturaleza. Por eso el apóstol mencionado no dijo: "Cada uno es tentado por la concupiscencia"; sino que añadió, "su propia": para que quien lo escuche entienda cómo debe clamar: "Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Salmo 40, 5). Pues no habría necesitado sanación si no se hubiera viciado a sí misma pecando, de modo que su propia carne concupisciera contra ella, es decir, ella misma se opusiera a sí misma en la parte en que fue debilitada en la carne.

CAPÍTULO VIII.

19. La carne concupisce contra el espíritu, no porque sea una naturaleza enemiga, sino porque está viciada. Las concupiscencias de la carne son por vicio, y aquí pueden disminuirse, pero no eliminarse por completo sino en la otra vida. La concupiscencia de la carne es aquí el castigo del pecado, y cuando la carne sea sanada, no existirá en los bienaventurados. Pues la carne no concupisce sino a través del alma; pero se dice que la carne concupisce contra el espíritu cuando el alma, con concupiscencia carnal, se resiste al espíritu. Todo esto somos nosotros: y la misma carne que muere cuando el alma se separa, es nuestra parte más baja, no se abandona para huir, sino que se deposita para ser recuperada, y una vez recuperada, no se dejará más. "Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (1 Corintios 15, 44). Entonces ya la carne no concupiscerá contra el espíritu, cuando ella misma será llamada espiritual, porque se someterá al espíritu para ser vivificada eternamente, no solo sin ninguna resistencia, sino también sin ninguna necesidad de alimento corporal. Por tanto, estos dos, que ahora se oponen entre sí en nosotros, ya que en ambos estamos nosotros, oremos y actuemos para que concuerden. No debemos pensar que uno de ellos es enemigo, sino el vicio por el cual la carne concupisce contra el espíritu: que una vez sanado, no existirá, y ambas sustancias estarán a salvo, y entre ellas no habrá lucha. Escuchemos al Apóstol: "Sé", dice, "que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien". Esto lo dice, porque el vicio de la carne en una cosa buena no es bueno: cuando deje de existir, la carne existirá, pero ya no será viciada o viciosa. Sin embargo, el mismo doctor muestra que pertenece a nuestra naturaleza,

primero diciendo: "Sé que en mí no habita"; lo cual explica añadiendo: "esto es, en mi carne, el bien". Así que se dice a sí mismo ser su carne. Por tanto, no es ella nuestra enemiga: y cuando se resiste a sus vicios, se la ama, porque se la cura. Pues nadie jamás odió su propia carne (Efesios 5, 29); como dice el mismo Apóstol. Y en otro lugar dice: "Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado". Escuchen quienes tienen oídos: "Así que yo mismo"; yo con la mente, yo con la carne; pero con la mente sirvo a la ley de Dios, y con la carne a la ley del pecado. ¿Cómo con la carne a la ley del pecado? ¿Acaso consintiendo a la concupiscencia carnal? De ninguna manera: sino teniendo allí los movimientos de los deseos que no quería tener, y sin embargo los tenía. Pero al no consentirles, con la mente servía a la ley de Dios, y mantenía los miembros para que no se convirtieran en armas del pecado.

20. Por tanto, hay en nosotros deseos malos, a los cuales no consintiendo no vivimos mal: hay en nosotros concupiscencias de pecados, a las cuales no obedeciendo no realizamos el mal, pero teniéndolas aún no realizamos el bien. El Apóstol muestra ambos, que aquí no se perfecciona el bien, donde se concupisce el mal; ni se perfecciona el mal, cuando no se obedece a tal concupiscencia. Esto lo muestra cuando dice: "Querer está en mí, pero no el realizar el bien" (Romanos 7, 18, 25): y esto, cuando dice: "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne". Pues no dice allí que no está en él hacer el bien; sino, perfeccionarlo: ni aquí dice, "No tengáis concupiscencias de la carne"; sino, "no las perfeccionéis". Así que en nosotros se producen concupiscencias malas, cuando lo que no es lícito apetece: pero no se perfeccionan, cuando con la mente sirviendo a la ley de Dios, las pasiones se contienen. Y se hace el bien, cuando lo que apetece mal, venciendo la buena delectación, no se hace: pero la perfección del bien no se cumple, mientras la ley del pecado sirviendo en la carne, la libido incita, y aunque se contenga, sin embargo se mueve. Pues no sería necesario contenerla, si no se moviera. Algún día habrá también perfección del bien, cuando haya consumación del mal: aquello será supremo, esto será nulo. Si creemos que en esta mortalidad debe esperarse, nos engañamos. Será entonces, cuando no habrá muerte; y allí será, donde habrá vida eterna. En aquel siglo y en aquel reino habrá bien supremo, mal ninguno; cuando habrá y donde habrá amor supremo de la sabiduría, trabajo de continencia ninguno. Por tanto, la carne no es mala, si carece de mal, es decir, del vicio por el cual el hombre fue viciado, no hecho mal, sino haciéndose él mismo. Pues de ambas partes, es decir, tanto del alma como del cuerpo, hecho bueno por el buen Dios, él mismo hizo el mal por el cual fue hecho malo. Del cual mal ya liberado por indulgencia, para que no considere leve lo que hizo, aún lucha con su vicio por la continencia. Pero lejos de que haya vicios en aquella paz futura para los que reinen; ya que en esta guerra diariamente disminuyen en los que progresan, no solo los pecados, sino también las mismas concupiscencias, con las cuales se lucha no consintiendo, y con las cuales se peca consintiendo.

21. Por tanto, que la carne concupisca contra el espíritu, que no habite en nuestra carne el bien, que la ley en nuestros miembros repugne a la ley de la mente, no es una mezcla de dos naturalezas hechas de principios contrarios, sino una división de una contra sí misma hecha por el mérito del pecado. No fuimos así en Adán, antes de que la naturaleza, escuchando y siguiendo a su engañador, despreciara y ofendiera a su creador: esta no es la vida anterior del hombre creado, sino el castigo posterior del condenado. De esta condenación, liberados por la gracia de Jesucristo, luchan libres con su castigo, aún no con plena salud, pero ya con la prenda de la salvación recibida: no liberados, son culpables de pecados y envueltos en castigos. Después de esta vida, a los culpables les quedará el castigo eterno por la culpa; a los libres no les quedará ni culpa ni castigo eternos: pero permanecerán eternamente las buenas sustancias del espíritu y la carne; que el buen e inmutable Dios creó buenas, aunque

mutables. Permanecerán, sin embargo, cambiadas para mejor, nunca más para cambiar a peor; consumido por completo todo mal, tanto el que el hombre hizo injustamente, como el que sufrió justamente. Con estos dos géneros de mal completamente desaparecidos, de los cuales uno es de la iniquidad precedente, el otro de la infelicidad consecuente, la voluntad del hombre será recta sin ninguna depravación. Allí será claro y evidente para todos, lo que ahora muchos fieles creen, pocos entienden, que el mal no es sustancia; sino que, como una herida en el cuerpo, así en la sustancia que se vició a sí misma, comenzó a existir con la peste iniciada, y allí dejará de existir con la sanidad perfecta. Por tanto, todo mal surgido de nosotros, y perdido en nosotros, con nuestro bien también aumentado y perfeccionado hasta la cumbre de la más feliz incorruptibilidad e inmortalidad, ¿cómo será cada una de nuestras sustancias? Pues ahora en esta corrupción y mortalidad, cuando aún "el cuerpo corruptible agobia al alma" (Sabiduría 9, 15), y lo que dice el Apóstol, "el cuerpo está muerto a causa del pecado" (Romanos 8, 10), sin embargo, el mismo da tal testimonio a nuestra carne, es decir, a nuestra parte más baja y terrena, que dice lo que recordé hace poco: "Nadie jamás odió su propia carne"; y enseguida añade: "sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia".

CAPÍTULO IX.

22. La carne no es mala por naturaleza, ya que el Apóstol exhorta a amar a las esposas con su ejemplo. Tres uniones insinuadas por el Apóstol, todas buenas, de las cuales la tercera es de carne y espíritu. ¿Por qué no se dio a la mujer el ejemplo de sujeción de la carne? ¿Con qué error, no digo, sino con qué locura, los maniqueos atribuyen nuestra carne a no sé qué fabulosa raza de tinieblas, que quieren que haya tenido su naturaleza mala sin principio alguno: cuando el verdadero doctor exhorta a los hombres a amar a sus esposas con el ejemplo de su propia carne, a quienes también exhorta con el ejemplo de Cristo y la Iglesia? Todo el pasaje de la Epístola apostólica, muy pertinente al asunto, debe recordarse: "Maridos", dice, "amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavacro del agua en la palabra; para presentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; sino que sea santa e inmaculada. Así", dice, "también los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa, se ama a sí mismo" (Efesios 5, 25-29). Luego añadió, lo que ya hemos mencionado: "Porque nadie jamás odió su propia carne, sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia". ¿Qué dice a esto la insania de la impiedad más inmundada? ¿Qué decís a esto, maniqueos? que intentáis introducirnos dos naturalezas sin principio, una del bien y otra del mal, como si fueran de las Escrituras apostólicas; y no queréis escuchar las Escrituras apostólicas que os corrigen de esta sacrílega perversidad. Así como leéis, "La carne concupisce contra el espíritu" (Gálatas 5, 17); y, "No habita en mi carne el bien": así leed, "Nadie jamás odió su propia carne, sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia". Así como leéis, "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente" (Romanos 7, 18, 23): así leed, "Como Cristo amó a la Iglesia, así también los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos". No seáis insidiosos en aquellos testimonios de la Sagrada Escritura, y sordos en estos; y seréis corregidos en ambos. Pues si aceptáis esto como es digno, intentaréis también entender aquello como es verdadero.

23. El Apóstol nos insinuó tres uniones: Cristo y la Iglesia, el hombre y la mujer, el espíritu y la carne. Las primeras consultan a las segundas, las segundas sirven a las primeras. Todas son buenas, cuando en ellas algunas cosas excelentemente propuestas guardan la belleza del orden, y otras decentemente sujetas. El hombre y la mujer, cómo deben ser entre sí, reciben precepto y ejemplo. El precepto es: "Las mujeres estén sujetas a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer"; y, "Maridos, amad a vuestras esposas". El ejemplo

se da a las mujeres de la Iglesia, a los hombres de Cristo: "Como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. De igual manera, a los hombres se les da el precepto de amar a sus esposas, añadiendo el ejemplo, "Como Cristo amó a la Iglesia". Pero a los hombres también se les exhortó desde una cosa inferior, es decir, desde su propio cuerpo; no solo desde una superior, es decir, desde su Señor. Pues no solo dijo, "Maridos, amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia", que es desde lo superior; sino que también dijo, "Los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos" (Efesios 5, 22-28), que es desde lo inferior: porque tanto las cosas superiores como las inferiores son todas buenas. Sin embargo, la mujer no recibió ejemplo de sujeción de su cuerpo o carne, para que estuviera sujeta al hombre como la carne al espíritu: pero o el Apóstol quiso que se entendiera consecuentemente lo que omitió decir; o tal vez porque la carne concupisce contra el espíritu en esta vida mortal y enferma, por eso no quiso dar a la mujer el ejemplo de sujeción de la carne. Sin embargo, quiso darlo a los hombres, porque aunque el espíritu concupisce contra la carne, incluso en esto mismo consulta a la carne: no como la carne concupiscente contra el espíritu, que no consulta al espíritu con tal resistencia, ni a sí misma. Sin embargo, el buen espíritu no le consultaría, ya sea nutriendo y cuidando su naturaleza por providencia, o resistiendo a sus vicios por continencia, si ambas sustancias no indicaran a su artífice Dios, incluso con el decoro de este orden. ¿Qué es, entonces, que vosotros con verdadera demencia os jactáis de ser cristianos, y con tanta perversidad, cerrando los ojos, o más bien extinguiéndolos, os oponéis a las Escrituras cristianas, afirmando que Cristo apareció a los mortales en carne falsa, y que la Iglesia pertenece en el alma a Cristo, en el cuerpo al diablo, y que el sexo masculino y femenino son obras del diablo, no de Dios, y que la carne se adhiere al espíritu como una mala sustancia a una buena sustancia?

CAPÍTULO X.

24. La herejía de los maniqueos niega que en Cristo hubiera carne verdadera. Afirma que las almas pertenecen a Cristo, los cuerpos al diablo, y que ambos sexos provienen del diablo. Si os parece insuficiente lo que hemos mencionado de las Cartas apostólicas, escuchad aún más, si tenéis oídos. ¿Qué dice el insensato Maniqueo sobre la carne de Cristo? Que no fue verdadera, sino falsa. ¿Qué dice al respecto el bienaventurado Apóstol? Recuerda que Jesucristo resucitó de entre los muertos, del linaje de David, según mi evangelio (II Tim. II, 8). Y el mismo Cristo Jesús dice: Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). ¿Cómo puede haber verdad en su doctrina, que predica que en la carne de Cristo había falsedad? ¿Cómo no había mal alguno en Cristo, en quien había una mentira tan grande? Porque, evidentemente, para los hombres demasiado puros, la carne verdadera es un mal, y no es un mal la falsa por verdadera: es un mal la carne verdadera nacida del linaje de David, y no es un mal la lengua falsa que dice: Tocad y ved, porque un espíritu no tiene huesos ni carne, como veis que yo tengo. ¿Qué dice el engañador de los hombres en su error mortal sobre la Iglesia? Que en parte las almas pertenecen a Cristo, y en parte los cuerpos al diablo. ¿Qué dice a esto el Doctor de los Gentiles en fe y verdad? ¿No sabéis, dice, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (I Cor. VI, 15). ¿Qué dice el hijo de perdición sobre el sexo masculino y femenino? Que ambos sexos no son de Dios, sino del diablo. ¿Qué dice a esto el Vaso de elección? Como la mujer procede del hombre, así también el hombre nace por la mujer; pero todo procede de Dios (Id. XI, 12). ¿Qué dice el espíritu inmundo a través de Maniqueo sobre la carne? Que es una sustancia mala, no de Dios, sino una criatura del enemigo. ¿Qué dice a esto el Espíritu Santo a través de Pablo? Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo. Y poco después: Dios ha

colocado los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso. Y poco después: Dios ha dispuesto el cuerpo, dando mayor honor a lo que le faltaba, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos de otros: y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él (Id. XII, 12-26). ¿Cómo puede ser mala la carne, cuando las mismas almas son exhortadas a imitar la paz de sus miembros? ¿Cómo puede ser una criatura del enemigo, cuando las mismas almas que gobiernan los cuerpos toman ejemplo de los miembros del cuerpo para no tener divisiones de enemistad entre ellas, para que lo que Dios ha dado al cuerpo por naturaleza, ellas también lo amen tener por gracia? Con razón, al escribir a los Romanos, dice: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Rom. XII, 1). En vano sostenemos que las tinieblas son luz, y la luz tinieblas, si presentamos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, los cuerpos de la raza de las tinieblas.

CAPÍTULO XI.

25. En qué consiste la comparación entre la carne y la Iglesia. Pero, dicen, ¿cómo se compara la carne a la Iglesia por cierta similitud? ¿Acaso la Iglesia desea lo contrario a Cristo, cuando el mismo apóstol ha dicho: La Iglesia está sujeta a Cristo (Ephes. V, 24)? Claramente, la Iglesia está sujeta a Cristo: porque el espíritu desea lo contrario a la carne, para que la Iglesia esté sujeta a Cristo en todo; pero la carne desea lo contrario al espíritu, porque la Iglesia aún no ha recibido la paz que se le ha prometido perfecta. Por tanto, la Iglesia está sujeta a Cristo por la prenda de la salvación, y la carne desea lo contrario al espíritu por la debilidad de la enfermedad. Pues no eran miembros de la Iglesia aquellos a quienes decía: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne desea lo contrario al espíritu, y el espíritu lo contrario a la carne: y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis (Galat. V, 16 y 17). Estas cosas se decían a la Iglesia, que si no estuviera sujeta a Cristo, el espíritu no desearía lo contrario a la carne por la continencia. Por lo cual podían no satisfacer los deseos de la carne, pero con la carne deseando lo contrario al espíritu, no podían hacer lo que querían, es decir, no tener siquiera los deseos de la carne. Luego, ¿por qué no confesamos que en los hombres espirituales la Iglesia está sujeta a Cristo, pero en los carnales aún desea lo contrario a Cristo? ¿Acaso no deseaban lo contrario a Cristo aquellos a quienes se les decía: ¿Está dividido Cristo? (I Cor. I, 13) y, No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni ahora podéis; porque aún sois carnales. Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales? (Id. III, 1-3). ¿Contra quién desean los celos y las contiendas, sino contra Cristo? Porque Cristo sana estos deseos de la carne en los suyos, pero no los ama en ninguno. Por lo cual, mientras la santa Iglesia tenga también tales miembros, aún no está sin mancha ni arruga. A esto se suman aquellos pecados por los cuales la voz diaria de toda la Iglesia es: Perdona nuestras deudas (Matth. VI, 12): de los cuales no creamos que los espirituales están exentos, no cualquiera de los carnales, ni cualquiera de los espirituales, sino aquel que se recostaba sobre el pecho del Señor, y a quien amaba más que a los demás (Joan. XIII, 23), dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Joan. I, 8). En todo pecado, más en el mayor, menos en el menor, sin embargo, se desea contra la justicia. Y está escrito de Cristo: El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención (I Cor. I, 30). Por tanto, en todo pecado se desea sin duda contra Cristo: pero quien sana todas nuestras enfermedades (Psal. CII, 3), cuando lleve a la Iglesia a la salud prometida de la enfermedad, entonces en ninguno de sus miembros habrá mancha o arruga, por mínima que sea. Entonces de ningún modo la carne deseará lo contrario al espíritu; y por eso no habrá causa para que el

espíritu desee lo contrario a la carne. Entonces terminará toda esta lucha, entonces habrá suma concordia de ambas sustancias: entonces allí no habrá ninguno carnal, hasta el punto de que incluso la misma carne será espiritual. Por lo tanto, lo que ahora hace cada uno viviendo según Cristo con su carne, cuando desea lo contrario a su mala concupiscencia, que contiene para sanar, que aún no sana; y sin embargo nutre y cuida su buena naturaleza, porque nadie aborreció jamás su propia carne (Ephes. V, 29): esto mismo hace Cristo con la Iglesia, en la medida en que es lícito comparar lo menor con lo mayor. Pues también la reprime con correcciones, para que no se infle con impunidad y se desgare; y la levanta con consolaciones, para que no sucumba agobiada por la debilidad. De ahí es aquello del Apóstol: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados: pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo (I Cor. XI, 31 y 32). Y aquello en el Salmo: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma (Psal. XCIII, 19). Entonces, por tanto, se debe esperar la perfecta salud de nuestra carne sin ninguna resistencia, cuando haya seguridad cierta sin temor en la Iglesia de Cristo.

CAPÍTULO XII.

26. La continencia de los maniqueos y de algunos otros, especialmente herejes, es falsa. Continencia también de algunos impura, para llegar a las esposas ajenas mediante artes mágicas. Esto es suficiente para haber disputado contra los maniqueos que falsamente se contienen, en favor de la verdadera continencia, para que el labor fructífero y glorioso de la continencia, cuando refrena y contiene la parte más baja de nosotros, es decir, el cuerpo, de placeres immoderados e ilícitos, no se crea que castiga saludablemente, sino que hostilmente persigue. Pues el cuerpo es de naturaleza diversa al alma, pero no es ajeno a la naturaleza del hombre. No es que el alma consista en el cuerpo; pero sin embargo, el hombre consiste en alma y cuerpo: y ciertamente Dios, a quien libera, libera al hombre entero. Por lo cual, el mismo Salvador asumió al hombre entero, dignándose liberar en nosotros todo lo que hizo. ¿Qué les aprovecha a aquellos que sienten contra esta verdad, contener sus pasiones? si es que contienen alguna. ¿Qué puede hacerse puro en ellos mediante la continencia, cuya continencia es tan impura? que ni siquiera debe llamarse continencia. Sentir lo que sienten es veneno del diablo; la continencia, en cambio, es un don de Dios. Así como no todo el que sufre algo, o soporta con gran tolerancia cualquier dolor, tiene esa virtud, que también es un don de Dios, y se llama paciencia: muchos soportan muchos tormentos, para no delatar en sus crímenes a cómplices o a sí mismos; muchos para cumplir ardentísimas pasiones, y obtener o no dejar aquellas cosas a las que están atados por el vínculo de un amor perverso; muchos por diversos y perniciosos errores a los que están fuertemente ligados; a todos los cuales lejos esté que digamos que tienen verdadera paciencia: así no todo el que contiene algo, o incluso las mismas pasiones de la carne o del alma de manera admirable, debe decirse que tiene esta continencia, de cuya utilidad y belleza estamos discutiendo. Pues algunos, lo que puede parecer extraño decir, se contienen por incontinencia; como si una mujer se contuviera de su marido, porque así lo juró a un adúltero. Algunos por injusticia, como si el cónyuge no cumpliera el deber conyugal de unión sexual, porque él o ella ya puede vencer tal apetito corporal. También algunos se contienen engañados por una fe falsa, esperando cosas vanas, y siguiendo cosas vanas: entre los cuales están todos los herejes, y cualquiera que bajo el nombre de religión es engañado por algún error; cuya continencia sería verdadera, si también su fe fuera verdadera: pero como aquella no debe llamarse fe, porque es falsa, sin duda esta tampoco es digna del nombre de continencia. ¿Acaso llamaremos continencia, que verdaderamente decimos que es un don de Dios, al pecado? Lejos de nuestros corazones esté tal demencia detestable. Pero el bienaventurado Apóstol dice: Todo lo que no proviene de fe,

es pecado (Rom. XIV, 23). Por tanto, lo que no tiene fe, ni siquiera debe llamarse continencia.

27. También hay quienes, sirviendo abiertamente a los malignos demonios, se contienen de los placeres del cuerpo, para cumplir a través de ellos deseos nefarios, cuyo ímpetu y ardor no contienen. Por lo cual, para decir algo y callar lo demás por la longitud del discurso; algunos no tocan ni siquiera a sus esposas, mientras que, como si fueran puros, mediante artes mágicas intentan llegar a las esposas ajenas. ¡Oh admirable continencia, o más bien, singular maldad e impureza! Pues si fuera verdadera continencia, debería más bien contener la concupiscencia de la carne del adulterio, que para perpetrar el adulterio. Esta concupiscencia de la carne suele ser relajada por la continencia conyugal, y sus frenos imponen tal moderación, que ni siquiera en el mismo matrimonio se desborde en una licencia immoderada, sino que se guarde la medida, ya sea debida a la debilidad del cónyuge, a quien esto no se manda según imperio, sino que se concede según venia el Apóstol (I Cor. VII, 6), o adecuada para la procreación de hijos, que fue la única causa de la unión carnal entre los santos padres y madres. Pero haciendo esto la continencia, es decir, moderando y de algún modo limitando en los cónyuges la concupiscencia de la carne, y ordenando su inquieto y desordenado movimiento dentro de ciertos límites, usa bien el mal del hombre, a quien hace y quiere perfeccionar bueno: así como Dios usa incluso a los hombres malos, por aquellos que perfecciona buenos.

CAPÍTULO XIII.

28. La continencia no solo cohibe y gobierna las pasiones del cuerpo, sino también las del alma. Los movimientos del alma malos deben ser cohibidos por la continencia, negando el consentimiento y rechazando incluso la delectación del pensamiento. Lejos esté, por tanto, que digamos que tienen continencia, de la cual la Escritura dice: Y esto mismo era sabiduría, saber de quién era este don (Sap. VIII, 21), incluso aquellos que conteniéndose, sirven a errores, o vencen algunas menores pasiones para cumplir otras, cuya grandeza los vence. Pero la continencia verdadera que viene de lo alto, no quiere oprimir unos males con otros, sino sanar todos los males con bienes. Para resumir brevemente su acción; se dedica a cohibir y sanar todas las delectaciones de la concupiscencia que se oponen a la delectación de la sabiduría. Por lo cual, sin duda, la miden más estrechamente aquellos que definen que solo cohibe las pasiones del cuerpo: mejor ciertamente aquellos que no añaden del cuerpo, sino que dicen que la concupiscencia o codicia en general debe ser gobernada por la continencia. Esta codicia se pone en el vicio, y no solo es del cuerpo, sino también del alma. Pues si la codicia del cuerpo está en las fornicaciones y embriagueces, ¿acaso las enemistades, contiendas, emulaciones, finalmente las animosidades, se ejercen en los placeres del cuerpo, y no más bien en los movimientos y perturbaciones del alma? Sin embargo, el Apóstol llamó a todas estas cosas obras de la carne, ya sea que pertenezcan propiamente al alma o al cuerpo, llamando al hombre mismo con el nombre de carne (Galat. V, 19-21). Son obras del hombre que no se dicen de Dios; porque el hombre que hace estas cosas, vive según sí mismo, no según Dios, en cuanto hace estas cosas. Pero hay otras obras del hombre, que más bien deben llamarse obras de Dios. Porque Dios es, dice el Apóstol, quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Philipp. II, 13). De ahí es también aquello: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14).

29. Así pues, el espíritu del hombre adhiriéndose al Espíritu de Dios, desea lo contrario a la carne, es decir, a sí mismo; pero por sí mismo, para que aquellos movimientos ya sea en la carne, ya sea en el alma, según el hombre, no según Dios, que aún están por la enfermedad

adquirida, sean cohibidos por la continencia, para adquirir la salud: para que el hombre no viviendo según el hombre, ya pueda decir: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20). Pues donde no yo, allí más felizmente yo; para que cuando según el hombre se levante algún movimiento reprobable, al que no consiente quien con la mente sirve a la ley de Dios, diga también aquello: Ya no soy yo quien lo hace (Rom. VII, 17). A tales se les dice también aquello, que como sus compañeros y partícipes debemos escuchar: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Entendamos a quiénes habla, más bien escuchemos atentamente. Pues ¿qué hay más claro? ¿qué más evidente?

Ciertamente habla a aquellos que habían resucitado con Cristo, aún no en carne, sino en mente; a quienes llama muertos, y más bien de aquí vivos: pues vuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. La voz de tales muertos es: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Por tanto, aquellos cuya vida estaba escondida en Dios, son amonestados y exhortados a mortificar sus miembros que están sobre la tierra. Pues eso sigue: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra. Y para que nadie demasiado lento pensara que estos miembros visibles del cuerpo debían ser mortificados por tales, inmediatamente aclara lo que dice: Fornicación, inmundicia, perturbación, mala concupiscencia, y avaricia, que es idolatría. ¿Acaso es creíble que estos que ya estaban muertos, y cuya vida estaba escondida con Cristo en Dios, aún fornicaban, aún vivían en costumbres y obras inmundas, aún servían a perturbaciones de mala concupiscencia y avaricia? ¿Quién en su sano juicio pensaría esto de tales? ¿Qué, pues, quiere que mortifiquen, con la obra de la continencia, sino aquellos movimientos que aún viven en su propia interpelación, sin el consentimiento de nuestra mente, sin la operación de los miembros corporales? ¿Y cómo se mortifican estos con la obra de la continencia, sino cuando no se les consiente con la mente, ni se les presentan las armas de los miembros del cuerpo; y lo que es mayor, y debe ser cuidado con mayor vigilancia de la continencia, incluso nuestra propia cogitación, aunque sea tocada de algún modo por su sugerencia y como susurro, sin embargo, no se deleita en ellos, sino que se convierte a pensar en cosas superiores más deleitables; nombrándolas en los discursos, para no habitar en ellas, sino huir de ellas? Lo cual se hace, si escuchamos eficazmente, con la ayuda de aquel que lo manda por su Apóstol: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

CAPÍTULO XIV.

30. La fe sin obras no salva. Los vicios de la carne deben ser constantemente combatidos. En la batalla de la continencia, las fuerzas y la victoria deben atribuirse a Dios. Después de haber mencionado esos males, añadió y dijo: Por causa de los cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia. Sin duda, advirtió de manera saludable, para que los fieles no pensarán que por su sola fe, incluso si vivieran en esos males, podrían salvarse; con el apóstol Santiago oponiéndose claramente a este pensamiento y diciendo: Si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras, ¿podrá la fe salvarlo? (Santiago II, 14). Por eso, este Doctor de los Gentiles también dijo que por esos males viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia. Cuando dice, En los cuales también vosotros anduvisteis en otro tiempo, cuando vivíais en ellos; muestra claramente que ya no vivían en ellos. Estaban muertos a esos males, para que su vida estuviera escondida con Cristo en Dios. Por lo tanto, ya que no vivían en ellos, se les ordenaba mortificar tales cosas. Porque aunque ellos no vivían en esos males, esos males vivían en ellos; como ya he mostrado antes: y se llamaban miembros de ellos, es decir, esos vicios que habitaban en sus miembros, una forma de hablar por la cual lo que

contiene se refiere a lo contenido; como se dice, Todo el foro habla de eso, cuando son las personas en el foro las que hablan. De la misma manera se canta en el Salmo, Toda la tierra te adore (Salmo LXV, 4); es decir, todas las personas que están en la tierra.

31. Ahora bien, despojaos, dice, también vosotros de todo (Colosenses III, 1-8); y menciona varios males de este tipo. Pero, ¿qué significa que no le basta con decir, Despojaos de todo; sino que añadió la conjunción, también vosotros? A menos que sea para que no piensen que hacen estos males y viven impunemente en ellos, porque su fe los libraría de la ira que viene sobre los hijos de la desobediencia que hacen estas cosas y viven en ellas sin fe. Despojaos, dice, también vosotros de esos males por los cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia; y no os prometáis impunidad por el mérito de la fe. No diría, Despojaos, a aquellos que ya se habían despojado en la medida en que no consentían en tales vicios, ni ofrecían sus miembros como armas del pecado, si no fuera porque en este hecho, y en esta operación aún se encuentra, mientras somos mortales, la vida de los santos. Pues mientras el espíritu desea contra la carne, esta gran tarea se lleva a cabo con gran esfuerzo, resistiendo con la dulzura de la santidad, el amor a la castidad, el vigor espiritual y el decoro de la continencia a los placeres perversos, las lujurias impuras, los movimientos carnales y vergonzosos: así son despojados por aquellos que han muerto a ellos, y no viven consintiendo en ellos. Así, digo, son despojados, mientras con una continencia continua, se mantienen reprimidos para que no resurjan. Cualquiera que, como si estuviera seguro, cesara de este despojo, inmediatamente se lanzarán a la fortaleza de la mente, y la despojarán de allí, y la reducirán a su servidumbre, vergonzosa y deformemente cautiva. Entonces el pecado reinará en el cuerpo mortal del hombre para obedecer a sus deseos; entonces presentará sus miembros como armas de iniquidad al pecado (Romanos VI, 12), y el último estado de ese hombre será peor que el primero (Mateo XII, 45). Es mucho más tolerable no haber comenzado tal lucha, que haber abandonado el conflicto comenzado, y haber sido hecho cautivo de un buen luchador o incluso de un vencedor. Por eso el Señor no dijo, El que comience; sino, El que persevere hasta el fin, ese será salvo (Mateo X, 22).

32. Ya sea que no seamos vencidos luchando con fuerza, o que a veces ganemos con facilidad inesperada o imprevista, demos gloria a aquel que nos da la continencia. Recordemos que un justo dijo en su abundancia, No seré movido para siempre; y se le mostró cuán temerariamente lo había dicho, como si atribuyera a sus propias fuerzas lo que le era concedido desde lo alto. Esto lo aprendimos por su propia confesión: pues inmediatamente añadió, Señor, en tu voluntad has dado fuerza a mi belleza; pero apartaste tu rostro, y quedé turbado (Salmo XXIX, 7, 8). Por una providencia medicinal fue dejado un poco por el rector, para que por una soberbia mortal no abandonara él mismo al rector. Ya sea aquí, donde luchamos para dominar y disminuir nuestros vicios; o allí, lo que sucederá al final, donde estaremos libres de todo enemigo, porque estaremos libres de toda plaga; se nos trata de manera saludable para que el que se gloríe, se gloríe en el Señor (I Corintios I, 31).